

⊙ Licaón

Anatomista mórbido que usa tanto el bisturí, como la pluma

Parece que la aparición del vello púbico al inicio de la pubertad provoca no pocos temores. Niños y niñas, acostumbrados a gozar durante la infancia de cuerpos lampiños, lisos, sin mácula, descubren de pronto la inquietante aparición de los primeros vellos. Las reacciones de unos y otras son diferentes. Mientras la mayor parte de los niños celebra el hecho, pues los acerca al ideal de virilidad que tanto ansían, a un porcentaje significativo de las niñas el fenómeno las perturba profundamente.

Tantos siglos de hacernos creer que somos los reyes de la Creación han acabado por permear los estratos más profundos del imaginario colectivo occidental. La animalidad nos asusta, nos inquieta, nos altera, nos hace sentir incómodos. Lo peludo nos remite al origen del que creemos habernos emancipado y nos equipara a las bestias a las que tanto tememos. Y de todas las regiones corporales, la pilosidad genital es la más amenazadora.

Desmond Morris (Purton, Inglaterra, 1928), el zoólogo y etólogo que se hizo famoso con la publicación de su libro *El mono desnudo* (1967), explica la conducta humana a partir de su robusta filiación animal. A Morris no parece incomodarle nuestra pertenencia al reino del que nos creímos desterrados después del vergonzoso episodio bíblico de la manzana, tan citado aún hoy desde los púlpitos. Todo lo contrario. Es claro que él goza obligándonos a observar nuestro comportamiento para comprobar una vez más que, a despecho del raciocinio del que nos sentimos tan orgullosos, somos animales en toda la extensión de la palabra. En lo personal, me alegro mucho.

El doctor Morris nos vuelve a turbar con una revelación que aparece en uno de sus últimos libros, *La mujer desnuda* (2004). En el capítulo dedicado al vello púbico, revela una curiosa y estrecha relación entre la aparición del vello en el monte de Venus y el temor a las arañas. Citando un estudio científico que indagaba las relaciones entre el amor y la aversión a los animales, Morris asegura que el estreno de la pilosidad pública coincide temporalmente con un incremento de la fobia a las arañas entre las niñas británicas incluidas en esa investigación. No ocurre así entre los varones que sirvieron de comparación. Leamos directamente las palabras de Desmond Morris:

A primera vista, esto no tenía una conexión evidente con el vello púbico, pero cuando se les pedía a las chicas en cuestión que explicaran por qué sentían tanta aversión hacia las arañas, ellas casi siempre contestaban que era porque son “cosas peludas y repugnantes” [...]

[...] el pelo de la araña es más simbólico que real. Lo que ve la chica de catorce años, cuando se encuentra con una araña por el suelo, es el movimiento de sus largas patas, patas que parten de su blando cuerpo central. Son esas patas las que se ven como “pelos” y toda la araña es inconscientemente contemplada como una “mata peluda y móvil”. El hecho de que este miedo se duplique a la vez que las chicas asumen el hecho de que les está creciendo una “mata peluda” entre las piernas, es evidentemente significativo. Así, por cada chica orgullosa de que le brote vello corporal, hay otra que está molesta por ello.

Puede que lo expuesto por el doctor Morris no sea plenamente convincente, pero no cabe duda que hoy, en comparación con ayer, consideramos mucho más bellos los genitales femeninos lampiños que los peludos. Basta con echarle un vistazo a la evolución en los últimos 30 años de las modelos que han adornado las páginas centrales de revistas tan gustadas por los caballeros como la famosa *Playboy*. En este paseo por el tiempo puede uno constatar que a los hombres no sólo nos gustan rubias, sino también depiladas en el hemisferio sur de la anatomía.



Fa, ALEANDRO AMSEL.